TEXTOS HIPERLÚCIDOS enrique de magallanes

ENRIQUE de MAGALLANES

Image not found.

Capítulo 1

Image not found.

Enrique de Magallanes

LA LENGUA DE DIOS

Un náufrago, de quien Neruda reclamaría su patria en Tarapacá y Stevenson la discutiría en Ulster, fue llevado por la fuerza del mar a la playa de una pequeña y desconocida isla en el Pacífico. El hombre renegó de su destino. Lloró al igual que un niño –porque también tenía miedo como los niños–, y rogó a Dios que le liberara de aquella ínsula. Pero Dios... Dios no respondió (como no responde jamás), porque él no habla como los hombres, pues su lengua no está hecha de palabras que el viento pueda arrastrar. No...

Semana tras semana el hombre solo pensaba en la posibilidad de su rescate. Soñaba con imprevisibles buques y fragatas, de todos los calados y banderas del mundo, que venían para salvarle. Todos los días, de pie sobre la fina arena, y la mano a modo de visera, lanzaba su inquieta mirada hacia el lejano horizonte: allá donde nace y muere el sol. Pero nada sucedía. Nada...

Mes tras mes fue contando, con marcas visibles en la blanca roca, hasta que sumó un año al cabo del cual, ya desesperado y molesto, gritó a los cielos y exigió su partida inmediata. Pero Dios no respondió, porque su lengua no está hecha de palabras que los hombres puedan falsear. No...

Otro año más transcurrió, apacible, y el náufrago que no sabía pescar, aprendió por sí mismo a emboscar los peces en el coral y a travesarlos

con puntiagudas varas que afilaba con lajas de obsidiana. Él, que nunca había tenido necesidad de recolectar fruta y recoger agua de lluvia, en hojas de palma, aprendió a hacerlo con bastante habilidad. Él, que sólo vestía ricas telas y calzaba sus pies con esmero, también aprendió a despojarse de lo superficial y a caminar, desnudo, sobre aquella tibia arena dorada por el sol... Había aprendido lo más difícil: la sencillez...

Con el tiempo (y la secta de los cuánticos lo intuye en el efímero aleteo de una mosca de mangle) sus recuerdos fueron diluyéndose en un caótico espacio de formas y colores caprichosos, cada vez más ajenos y distantes. Temió perder la memoria… Y confirmó, con algo de nostalgia, haber perdido las palabras que la preceden… En un arco de luz difusa le perturbó el leve recuerdo, entre vapores minerales, de una lánguida figura femenina, sin rostro, saludándole desde una ruinosa estación ferroviaria…. Solo una palabra pretendió desafiar el olvido: el nombre de aquella anónima mujer. Sin embargo, ya no le significaba nada. Como suele no significar nada el uso de vocablos como *quark* y *bosón* entre pueblos ágrafos que discurren, severamente, sobre la caza del tapir durante la estación de lluvias en las selvas del trópico.

Luego, un quinto año pasó con el vuelo de un albatros sobre la agradable quietud de la playa y el hombre se dirigió al Creador diciéndole: "*Sálvame, si es de tu agrado*". Pero Dios... Dios, como de costumbre, no respondió porque su lenguaje universal no está hecho de palabras que los hombres puedan olvidar. No...

Para entonces el hombre ya había aprendido a identificar los peces del coral de acuerdo con su tamaño y color, conforme a la disposición de sus dientes y aletas. Distinguía el pez comestible del venenoso, el agresivo del manso, y a cada especie dispensó un nombre diferente, arrancado de su propia inventiva. Conocía muy bien los tipos de plantas, separando las de carnosos frutos de aquellas con poder curativo. Había iniciado la ardua elaboración mental, día tras día, de un prometedor herbolario del más acucioso ingenio. Así mismo, catalogó con entusiasmo las parvadas de pájaros que pernoctaban en las palmeras y aquellos que desafiaban la furia de las olas y del viento en el temible acantilado. Con cierta disciplina, diríase de una devoción académica monacal, emprendió la dispendiosa taxonomía de todos los crustáceos que merodeaban la playa y que se ocultaban bajo las rocas en el agua. Se sintió feliz, pleno, aunque fatigado, semejante a un pequeño hacedor extraviado en una remota esquina del universo. Pero había aprendido, con sobrado ímpetu, lo más fácil: la rigurosa ciencia de los ictiólogos, de los botánicos y de los ornitólogos, todos juntos...

Amparado en la mansedumbre de la soledad, reforzada por el tiempo indefinible, no sabía, no poseía la certeza, y poco le importaba ya, si era lunes o viernes, abril o agosto; o si la luna, allá colgada del cielo, estaba en fase de nueva o de creciente. Vencido por el aparente silencio de Dios,

se entregó a vivir cada día sin afanes, sin medir el tiempo y sin reprocharse y reprochar nada a nadie. Había alcanzado la sabiduría: aceptaba la vida como viniese, y no como él la deseaba. Y la disfrutaba al máximo...

Así fueron pasando los años y, a la vuelta de diez, ya sentía la isla con la fuerza de quien ama su hogar, su mundo. Comprendía que salvo la isla con sus alegres palmeras y ruidosas aves, con su tibia arena y sus deliciosos peces, con sus espectaculares auroras y crepúsculos, era su única propiedad, lo único que otorgaba sentido y persistencia a su vida. Bendijo a Dios por haberle dado tanto sin merecerlo y sin pedirlo...

Una noche, como tantas otras, tendido boca arriba sobre la playa, el hombre contempló las estrellas como siempre: callado. Aquella noche, la definitiva, el cielo estaba tan iluminado que la vista se desperdigaba en aquel vasto y vertiginoso abismo de luces palpitantes. La brisa fresca del mar acarició su cara poblada de espesa barba. Entonces él, que durante los primeros años renegó de su destino y de la voluntad del Altísimo, desgajó una lágrima que rodó por su mejilla y, sin emplear palabras que ya no necesitaba, pensó:

...Señor, mi dulce Señor… Reservaste un paraíso para mí solo. Me forzaste a aprender nuevas cosas y a valerme por mí mismo. Soy hermano de las estrellas y de las aves que pueblan los cielos; soy hermano del mar y de los peces; soy hermano de las plantas y de la luna. Soy uno en todo y todo en uno... Ahora comprendo que siempre has estado hablándome día y noche: en el rumor de las olas, en el canto de las aves, en el calor de la arena, en el murmullo del viento, en el silencio remoto de cada estrella, en cada amanecer, con cada golpe de mi corazón... Allí han estado tus palabras sin palabras. Señor, nada me debes, nada te reprocho, todo lo confío y lo dispongo en ti... Hágase tu voluntad y no la mía… Solo la tuya… Tuya…

Y con estas *palabras sin palabras*, aquel desconocido náufrago (que Neruda pretendió llamar Salvador Osorno, y Stevenson apuntaló con el nombre de Duncan Pierce) entregó su último suspiro a la noche y a las estrellas, al viento y a los órficos cantos que traían enredadas las olas del mar...

Diez años después, un enorme barco pasó por la isla y despachó un bote con hombres para que explorasen su interior.

De los huesos del antiguo náufrago, dispersos sobre la arena, un cómodo cangrejo había encontrado, a gusto, su hogar en la árida calavera. Cuando los marineros vieron la osamenta rogaron por el eterno descanso del infeliz fulano. Pero a un lado, en una piedra gigante, pudieron leer con asombro una inscripción, bastante lacónica y expresa, hecha quizás con el

borde filoso de otra piedra:

"Aquí aprendí la lengua de Dios y de sus ángeles…1"

Desconcertados, los hombres regresaron al bote y se alejaron de la playa remando a toda prisa. Aún no estaban preparados para entender el lenguaje de Dios que es el mismo lenguaje del universo**…**

1 El doctor John Dee cree haber descubierto, a finales del siglo XVI, la lengua oficial de los ángeles luego de trasegar una inusual copia monástica del Libro de Enoc. De una lengua así se ha dicho que comporta el concurso de todo el universo y más allá. Empero, de vuelta a los dominios de sus particulares usuarios no puede ya ser comprendida más que por una selecta parcela de seres absolutamente ajenos al epíteto como a la forja de metales y a la concupiscencia (Oxford, 1583).

DONDE HABITA DIOS

En la oscura ciudad de Aifan, al Este del Aral, consideraban sus gentes, como acto de infinita piedad, el no controvertir aquella ingeniosa creencia según la cual Dios se hallaba en el puño de la estatua dedicada al no menos oscuro príncipe Mélec. Aquel odioso tirano que, conforme al relato del poeta Teralorus de Pantibiblon, tomó del ara principal su puñal (una atroz suerte de hoja triangular forjada en hierro) que hincó ferozmente en el flácido cuello de su madre, sólo porque ésta no se apresuraba a llenar su copa.

La ciudad entera, con visible aflicción, lloró a su reina por espacio de nueve lunas y otras tantas jornadas. Hubo entre sus moradores algunos, y la desenfadada alusión resulta algo sospechosa entre exégetas, que en señal de irrefutable duelo cortaron sus cabellos y con éstos atizaron la lumbre del templo durante extensas noches de guardia. Otros más, arrebatados por el paroxismo de la tragedia, se arrojaron al áspero vacío desde lo alto de un admirable minarete o de una rústica almena.

Arrepentido, además de increpado por los sumos sacerdotes del culto al *Planeta del Cruce*, Mélec enloqueció de dolor y escapó a los campos donde, desnudo e iracundo, profanó los días como una bestia devorando setas y bayas silvestres. Evitó la mirada de los hombres y aun más el pavoroso rumor de sus lenguas. Desgarró el alba con sus fauces de fiera herida. En un generoso arroyo saboreó el canto de las aves y en la corteza desgajada de un árbol probó el néctar de la vida agreste, indomable… Un día, luego de siete años de vida errabunda, conquistó una verde colina

domeñada por el furor y la angustia: entonces ladró a la luna de los altos cedros (porque ya había olvidado los avatares del signo lingüístico) hasta agotar todo su lamento y todo su dolor con las primeras sombras del ocaso. El viento del sur veló sus sueños y el dios Aruk, que todo lo ve y todo lo sabe, le cubrió con un infinito manto de estrellas, acariciando su mejilla con la hoja de un cedro vecino.

Aquella noche, multiplicada por mil a través de los tiempos, reveló su destino devolviéndole a la vida palaciega y a los campos de batalla… La expiación de su crimen, a los ojos de la divinidad, le puso de nuevo al frente de un aterrador ejército que tomó la ciudad opositora de Asterán desvencijando sus preciosas puertas y perdonando la vida a los sacerdotes del inverosímil culto al *Unicornio Dorado*. Mélec, que ahora combatía con una sola mano, pretendió haber escuchado aquella noche sobre la extraña colina la voz del dios Aruk (una suerte de escarabajo de ojos humanos) que le susurró al oído ciertas palabras que sus biógrafos no acaban de conciliar su real significado:

"Soy perdón y misericordia. Soy azote y desolación. Mi carro se mueve entre las estrellas remontando los días y los pensamientos… Desde hoy moraré en la penitencia de tu mano culposa y sólo retornaré a la tierra y a sus caminos cuando los santos custodios del Tercer Cielo arrojen la gran montaña de fuego y azufre sobre la cuarta parte de los hombres y de los mares. Entonces, presas del horror, sabrán que he regresado para separar al justo del injusto, y al piadoso del impío".

Hoy, algunos aseguran que Aifan es tan solo una metáfora de riguroso acto de fe y que, por lo tanto, ni Mélec ni su dios Aruk pudieron ser. No obstante, una austera parcela de arqueólogos horbigerianos insisten en buscarla en las improbables riberas del mar de Aral, sin éxito alguno. Por lo demás, la ciudad de Asterán corre casi igual suerte que la improbable Aifan. Y digo *"casi"* si no es porque a comienzos del siglo XX un explorador alemán halló bajo el cieno del Aral, costeando sus penosas riberas del Septentrión, un ánfora que contiene grabados la imagen de un unicornio cuyo excremento es devorado por un enorme escarabajo. Con el tedioso pasar de los días solo puedo pensar en que Aifan fue construida a imagen y semejanza de su rival Asterán. Y que sus dioses guardaban una celosa coherencia de sentido y de propósito más allá del rumor de las inútiles controversias teológicas como políticas.

No me escandaliza la imagen del escarabajo tragando materia fecal de origen divino. Me seduce lo que pueda heredar a nuestra enfebrecida imaginación. Empero, intento apartar de mi mente la intolerable figura carnicera de Mélec. Su recuerdo me perturba, su penitencia se me antoja un exceso de estupidez, de fanatismo adornado con la verborrea de un supuesto profeta de la locura o del comercio.

Quiero pensar, o creer, que Dios reside en la pata de un conejo o en las entrañas de un muro de mampostería, que no en el puño de un vulgar asesino. Al respecto, corre una creencia popular según la cual Dios se halla en los sitios más improbables y a la vez comunes, tanto más si los hombres persisten, con enfebrecida contumacia, en proseguir buscándole en lugares espléndidos y especiales.